

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA

REGRESO A ESPAÑA

TRAS cinco meses largos de ausencia he regresado a España. Y aunque en artículos anteriores siga hablando todavía, como prometí, de América, vista ahora ya de lejos, creo que no es inoportuno precisar «desde dónde» la voy a mirar, cuál va a ser mi situación y perspectiva.

Por el momento lo es Madrid. Quienes tienen poder de decisión en lo que concierne a los servicios públicos, se disfrazan de tecnólogos porque eso está de moda, pero no lo son en absoluto. Así el aeropuerto de Barajas, por donde llegué, necesita tener continuamente en circulación interna autobuses que transporten a los viajeros del pie de las escalerías del avión a las del edificio terminal, autobuses inexistentes, innecesarios en todos los Estados Unidos. Podría alegarse, con razón, que tal edificio se hizo viejo mucho antes de inaugurarse. Pero tampoco los nuevos o renovados aeropuertos de Palma de Mallorca, Barcelona y Valencia poseen los «mueles» que posibilitarían el que los aviones «atracasen» cómodamente en ellos.

La llegada a Madrid y la anarquía de su circulación rodada es increíble. Las «bandas» o carriles —por lo demás no suficientemente anchos— trazados en sus calles no son respetados por nadie, hasta el punto de que la mayor parte de los coches circulan casi continuamente «pisando» las rayas. Inobservancia semejante ocurre en el momento más peligroso, el del cambio de la señal luminosa de los semáforos: son muchos los coches que siguen pasando cuando ya no deberían hacerlo. Hace años tenía que haberse acometido una intensa campaña a través de los medios de comunicación colectiva, especialmente la televisión, para el adiestramiento y la disciplina de los conductores en el nuevo tipo de circulación que las autopistas —y las semiautopistas en que han sido convertidas las principales calles madrileñas— impone. Me dicen que ahora se está empezando a hacerlo. Ya era hora.

Para continuar con el tema viario: los dos horribles pasos elevados construidos durante mi ausencia, el que atraviesa la Castellana y el que cruza la avenida del Generalísimo, reinciden en la manía de imitar malamente lo que

en América ya es criticado por todos, y en sacrificar la ciudad entera a la plaga de los automóviles. Estoy muy lejos de ser madrileñista pero, con todo, creo que la capital de España tenía su fisonomía propia, el «aire de Madrid» (que ahora ya hasta físicamente ha sido ensuciado por la polución). Y concretamente el eje paseo del Prado-Recoletos-Castellana-Generalísimo, corresponde en su función estético-urbanística, a los Champs Elysées de París. ¿Se concibe en éstos un disparate semejante?

Debo confesar, sin embargo, que el dislate no me ha sorprendido, ante todo, porque no es sino la continuación de otros muchos. Pero además porque, abundando en alusión que hice en el primero de estos artículos, una antigua e inteligente discípula mía me comunicó a California, tomándolas del «Nuevo Diario», del 17 de mayo, estas declaraciones del alcalde de Madrid que —ellas sí— me dejaron estupefacto: «... yo comprendo que realizar planes de urbanización en Roma o en Grecia es una profanación. Pero en España no tenemos muchas cosas que profanan. No hay que derramar demasiadas lágrimas. ¿Cómo es posible que gentes, al parecer, de espíritu tan conservador de los «valores» de España, estén dispuestas a hacer almoneda tal de sus valores estéticos? ¿Y cómo se deja en sus manos la suerte de lo que tan absolutamente manifiestan despreciar?»

No tengo ni manía persecutoria ni megalomanía. Pero la verdad es que al llegar a casa, momentos después de admirar, como remate, la «remodelación» de la glorieta de Colón, la primera «reunión» a la que me encontré invitado fue para comparecer, dos días después, ante el Juzgado de Orden Público. Era con referencia a mi colaboración en el número, secuenciado, de «Cuadernos para el Diálogo» que se dedicaba a la década de los años 70 y debo agregar que fui atendido con la máxima prontitud y cortesía. Pero el hecho en sí, como «saludo» de la patria a quien a ella vuelve, me pareció de alguna significación.

Como compensación, tuve un «encuentro» sumamente grato: el del volumen que, publicado por la editorial Ariel, de Barcelona, me ha

sido ofrecido con ocasión de mi 60 cumpleaños (que ahora, cuando escribo estas líneas, son ya 61). Tengo mucho gusto en dar las gracias públicamente a estos 22 jóvenes estudiosos que han colaborado en él y, en particular, a Francisco Gracia, Javier Muguerza y Víctor Sánchez de Zavala, que fueron quienes proyectaron el obsequio y lo han llevado a término. Ciertamente ni están ni era posible que estuviesen representados en él todos los que, estoy seguro, habrían querido participar y me hubiera gustado personalmente que participasen. Soy completamente ajeno al criterio que haya podido presidir la invitación y la selección. Aunque no sea yo la persona que más objetivamente pueda valorarlo, me parece demasiado impresionista el juicio que de la casi totalidad de él emite, en un artículo que acaba de aparecer y agradezco mucho, mi antiguo alumno y muy estimado amigo Alberto Míguez. El reprocha de «ambigüedad» hecho a los trabajos de orientación dialéctica y sociohistórica no lo entiendo bien. En cuanto a la filosofía analítica, no me parece que pueda despachársela tan ligeramente como lo hizo Marcuse. Su rigor, precisión y método, aparte de ser buenos en sí, en España nos hacen mucha falta. Y una función menos aséptica y más comprometida de la filosofía analítica y lingüística. Incluso una actividad filosófica que, partiendo del puro análisis, lo trascienda, son perfectamente previsibles en un porvenir próximo. En fin, tachar de «retrasado» el primero y, con mucho, el más extenso de los artículos incluidos en el volumen, el de Víctor Sánchez de Zavala, que se enfrenta críticamente con la escuela lingüística de Chomsky, la absolutamente actual hoy, y encabezada, por si fuera poco, por el profesor con el máximo prestigio también, dentro del pensamiento político radical de los Estados Unidos, es completamente equivocado.

El último de los «encuentros» con España de los que quería hablar hoy, encuentro con dos jóvenes, ha sido, quizás, el más impresionante. Se refiere a la crisis y al porvenir del catolicismo aquí. Mientras en Italia se discute el divorcio y en Holanda el celibato y el matrimonio, un chico y una chica, hijos de familias católicas amigas, se disponen a dar testimonio

de su amor, con sencillez y tomando en serio —lo que no es poco— el carácter sacramental del matrimonio, precisamente para hacer renuncia de él y contraer, amparándose en la nueva ley, un simple matrimonio civil. El párroco de su Iglesia, al darle el «Enterado» que les dejaba vía libre, se lamentó de lo que calificó de «moda» que estaba cundiendo entre universitarios. Temo que se trate de algo más profundo. Voltaire contó que él, como muchos de su edad, se alejó del catolicismo, aburrido de las controversias entre jansenistas y jesuitas. La «indecisión» actual, y la vana búsqueda de una «vía media», a la vez que permita seguir, al modo que antes se rechazaría por heterodoxo, relativamente dentro de la Iglesia, autoriza también para, sin abjuraciones ni apostasias, ordenar la vida personal e interpersonal fuera de los cauces canónicos.

El lector me preguntará, tal vez, si encuentro bien o mal esta decisión. Mi respuesta es sencilla. Cuando se ha perdido la fe —para reencontrarla, quizá, andando el tiempo— es más honrado, más moral, no participar en lo que los interesados sienten como una superstición o, ni siquiera eso, como una convención; y que los creyentes no deben querer, de ningún modo, que sea un sacramento profanado o, cuando menos, trivializado. Los jóvenes, los jóvenes mejores, quieren ser auténticos. ¿Auténticos? Como me decía hace unos días al pasar por su casa, de vuelta para la mía, José Ferrater Mora, colaborador nuevo como yo en estas columnas, esta palabra, procedente del vocabulario existencial, resulta ya, por demasiado solemne y estirada, difícil de emplear. Pero en español no tenemos otra. Digamos que aspiran a ser sencillamente verdaderos. Es el lenguaje directo, verdadero el que la Iglesia, y no digamos el Estado, necesitarían urgentemente recuperar hoy.

Desde esta veracidad o autenticidad procuraremos ver, en artículos sucesivos, la crisis de la Universidad y la crisis nacional americanas.

José Luis L. ARANGUREN

LAS REVOLUCIONES DIARIAS

SOBRE LA DECADENCIA DEL PAN

PARECE bastante cierto que la prosperidad económica comporta, a la larga, el abandono del pan como alimento básico para las familias. Al menos, así lo afirman los entendidos en estadística. Y nuestra misma experiencia personal, entre parientes, amigos y vecinos, lo certifica. En la medida que las gentes disponen de algunos céntimos aproximadamente «libres», tienden a adoptar unas dietas cada vez más alejadas de la harina. El cambio afecta al pan, pero también a la patata, al arroz y a los demás productos feculentos. Por una parte; el despegue obedece a una razón inmediata de posibilidades: se prefiere el consumo de materiales de mayor suculencia, tradicionalmente caros, que ahora entran en el área adquisitiva de los hogares modestos. Para no exagerar, pongamos el pollo de granja y la merluza congelada. El triste, implacable problema de llenar la andarga encuentra una tímida mitigación en las áreas «desarrolladas», y los beneficiarios del fenómeno se aprovechan de la ventaja. Al fin y al cabo, el pan, como las patatas y el arroz, sólo era un recurso de última instancia. Comíamos pan, sobre todo, porque no había otro remedio: el precio y el poder nutritivo de la hogaza constituían una referencia mínima para sobrevivir. Y esto varía. Un segundo motivo surge de las pretensiones higiénicas y calpíginas de nuestros contemporáneos. Pienso en la cautela de «guardar la línea». El argumento de la salud y el del recelo frente a las barrigas excesivas ayudan mucho a reducir la ingestión de roscos y bollos.

Y, desde luego, la cosa tiene su importancia. De hecho, y sin darnos cuenta, vivimos una cantidad considerable de «revoluciones» que yo calificaría de «diarias», porque, en efecto, se producen en nuestras rutinas más impávidas y apenas advertimos su explosión. El hombre —los individuos de nuestra especie insertos en espacios propicios al cultivo de cereales— ha estado comiendo pan durante milenios. Quizá desde el Neolítico. Y pudo dar gracias a Dios si tanto alcanzaba. En todo caso, el pan ha sido la manufactura alimentaria más

habitual, más asequible, más obvia. Únicamente los clanes conspicuos, de bolsillo opulento, o de autoridad formal, lograban escapar a esta fatalidad, y devoraban carnes o pescados con alegres dosis de proteínas. Proteínas o lo que sea. Pero las multitudes subalternas tenían que resignarse al pan, y no siempre blando ni blanco. A menudo, lo comían duro y moreno: muy a menudo, sin duda. Recuerdo que un sacristán de mi pueblo, cuando rezaba el rosario en su parroquia, alteraba curiosamente un pasaje de la oración dominical: «El pan nuestro de cada día dánoslo de hoy...», decía. No «dánoslo hoy», sino «de hoy»: recién cocido, tierno, crujiente. El lapsus respondía a una oscura ansia ancestral, muy significativa... Pero las amas de casa rurales —e incluso las urbanas— intentaban convencer a su tribu que el pan duro era más sabroso o más energético. Lo cual era una manera de frenar, ya que no el apetito, la masticación.

Y no digo lo de la «masticación» por puro deslíz retórico. En absoluto. Una boca hambrienta —y ésta es la premisa— engulle a una gran velocidad el panecillo esponjoso y ligero, pero ha de poner un notorio esfuerzo maxilar en la trituración de un mendrugo sólido, coriáceo. Las amas de casa con presupuestos ínfimos nunca han sido partidarias del pan blando, ni en general de ningún alimento de cómoda comensalia. Los reservan para sus nenes, y no siempre. A los adultos del domicilio procuran servirles trozos comestibles de penosa deglución. Mientras mastican, pasan el rato: la operación de «comer», en consecuencia, se alarga, y el cansancio y la saliva colaboran a proporcionarle un ficticio aire de satisfacción. Y, que conste, no se come impunemente pan duro cada día. Los científicos dedicados a la observación del cuerpo humano a través de los tiempos, en sus estudios, han señalado un detalle interesante: las mandíbulas, nuestras mandíbulas, son tanto más recias, eminentes y abruptas, cuanto más rudo y resistente es el pedazo de alimento cotidiano que se debe masticar. Los dentistas podrán explicarnos el fenómeno, y no hace falta mucha

imaginación para comprenderlo. No es un azar el que las caras bonitas suelen pertenecer a las clases acomodadas. No ha de sorprendernos que el abuelo neanderthal o el abuelo cromagnon fuesen tan feos. Y quizá ellos ni siquiera consiguieron comer pan.

De todos modos, el giro se está produciendo «ahora». Tras miles y miles de años de comer pan, empezamos a dejar de comerlo. La novedad es colosal. No le damos importancia, pero importa mucho. Tal vez se utilicen nuestras pobres mandíbulas. O no las nuestras, pero sí las de nuestros biznietos, y la raza gane en belleza. Y en esbeltez, y en otras cosas. Los que sufrimos el hecho en medio de la inercia adquirida por necesidad o por enseñanza, nosotros, los «mayores» de hoy, crecidos en el ámbito del pan, difícilmente superaremos la transición. Hemos aprendido a «gustar» del pan, y eso nos convierte en un probable y próximo anacronismo. Y, además, para nosotros, el pan es algo más que un condumio: es un mito. «Ganarás el pan con el sudor de tu frente», «contigo pan y cebolla», «pan y toros» —para los lectores cultivados: «panem et circenses»—, «con tu pan te lo comas», «a buen hambre no hay pan duro», «pan de los ángeles»... La sustitución no resulta sencilla. Esos biznietos a que me he referido, hipotéticos y simbólicos, con sus quijadas amables, ¿cómo «traducirán» las frases reportadas? ¿Qué dirán en el lugar del pan? ¿O quizá dichas frases y sus semejantes, a la vez, caducarán con el pan?... No me atrevo a hacer cálculas acerca del particular. El sucedáneo del pan, de momento, son unas rebanadas de pseudopán tostado, que no engordan ni nada. O simulacros similares. A partir de ellos, nuestras viejas ilusiones son imposibles: las relativas al sudor facial, a la cebolla, a los toros y a lo restante. Y en eso estamos.

Joan FUSTER

¡SUSPENSOS!

Preparad en nuestro Centro vuestros exámenes de Septiembre. Profesores competentes y especializados en cada materia os ayudarán a repasar y preparar las asignaturas no aprobadas.

COLEGIO DEL SALVADOR

Centro Masculino Reconocido Superior por el Ministerio de Educación y Ciencia

Teodoro Roviralta, 1 torre (Av. Tibidabo 1.ª trav. izda.)
Telf. 247.01.10

Servicio de autocar
Abierto todo el año

DIBUTECA

2 en 1
Ha resuelto el problema de su mesa de trabajo
Graduables y Planas

ARAGÓN, 451 (entre Marina y Lepanto) - Tel. 225.49.15